

Sobre el Pesebre

¿Por qué hacemos el pesebre? He aquí una pregunta que todos nos hemos formulado alguna vez y a la que no nos habremos respondido con suficiente claridad. La misma palabra lo dice ya: de «pressepio», en italiano que quiere decir el lugar donde comen los animales, como «pesebre» en español que quiere decir establo. Si faltara en el pretendido «pesebre» la escena cumbre del Nacimiento del Niño Jesús, podremos decir lo que queramos pero no que hacemos pesebre. Se llegó hasta el punto de querer hacer pesebre sin la escena del Nacimiento de Jesús, pretendiendo evocarlo indirectamente.

La ingenuidad de tan bella tradición no podrá negar nunca su filiación franciscana. El lema, tan sencillo como expresivo, de San Francisco, «pax et bonum», no se hace tan radiante en lugar alguno como en el maravilloso espectáculo que ofrece allá una cueva de Greccio, en Italia, cuando, habiendo conseguido un permiso especial del Santo Padre, hizo celebrar la Santa Misa, la misma noche de Navidad, ante un pesebre viviente para así recordar de una manera palpitante y emotiva la escena del sublime acontecimiento que tan sencillamente nos narra el Evangelista: «Et Verbum, caro factum est».

De allí arrancó tan buena costumbre. Los hijos de San Francisco extendieron por todo el mundo la representación plástica que el Santo enseñó y fué en adelante conmemorada la fiesta de Navidad con bellísima representación de este misterio.

No podemos olvidar nunca que el pesebre se propone hacer entrar por los ojos la santa emoción que nos ha de producir el considerar las circunstancias de pobreza y humildad que rodearon el nacimiento de Jesús, despertando la devoción de los visitantes. Nadie se atreverá a decir entonces que no debemos desterrar por inútiles ciertas figuras de mal gusto que tan en boga andan en el mercado.

Al ir a ver un pesebre, debemos emocionarnos y ver en aquella sencilla representación la humildad y misericordia de todo un Dios hecho Niño por nuestro amor. Y entonces gozaremos de la dulce alegría y piedad con que los pastores adoraron al Divino Infante.

Solo así llegaremos a adorarle con el corazón endulzado, haciéndole ofrenda de nuestras pequeñas cosas para pedirle las grandes que necesitamos. Que la Navidad sea para todos aumento de Piedad. Que nazca en nuestros purificados corazones el dulce Jesús para que vivamos más sencillos y humildes.

Luis ROVIRA

*Resumen del tema leído en la
Reunión General de Diciembre.*

Portal de Belén

En una tarde de Domingo, Don Ambrosio pasea, con sendo puro entre labios... Hombre activo y emprendedor, piensa en su vida... de pobre pasó a rico; toda su vida la ha dedicado a las empresas mercantiles.

La lluvia como bendición del cielo le distrae de sus pensamientos. Busca refugio, en el pórtico de una iglesia... Un grupo de niños rodean a un joven, que desarrolla su lección de Catecismo. Don Ambrosio se acerca al grupo. De él, emana algo que le oprime con una sensación de vacío el corazón... El Catequista habla...

«Pues veréis que un día, iban la Virgen y San José de puerta en puerta pidiendo alojamiento a los moradores de Belén.

Habían salido de Nazaret para empadronarse y contaban en que unos parientes les acogerían... Mas por mucho que insistieron nadie les dió hospitalidad, y, estando las casas llenas de forasteros, no encontraron otro refugio que un pequeño y misero establo... allí decidió San José pasar la noche acomodando cómo pudo a la dulce María...»

Don Ambrosio escuchaba...

«... y aquella noche un Angel anunciaba a los pastores que el niño Dios había nacido en un pesebre de Belén...

Todos fueron a adorarle... en el cielo, un ejército de Angeles cantaba: ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

...y los pastorcillos traían miel y leche unos, ovejas y palomas otros que ofrendaban al niño Jesús, al Hijo de Dios, que había bajado del Cielo para salvarnos y que ahora, desde su humilde lecho de paja sonreía...»

Don Ambrosio estaba allí aún; ahora sabía cual era aquella impresión que había experimentado al entrar...

Su mente evocaba, con dulzura jamás sentida, la figura de su madre, aquella madre que cada noche le enseñaba a rezar, a tener confianza en Jesús y que los domingos por la tarde, le llevaba al Catecismo, a oír sentado en el banco, coras de Jesús, tan encantadoras para su alma infantil... Su madre había muerto y él, no supo lo que perdía, hasta hoy; y parecía como si los recuerdos se llamasen unos a otros...

Aquella noche, los criados miraron extrañados a D. Ambrosio. Este se sonrojó al verlos. Iba acompañado de un grupo de muchachos y llevaba un misterioso envoltorio bajo el brazo...

El «pesebre» estaba ya hecho. Don Ambrosio ponía la última figura en su lugar; al retirar la mano, se fijó en el anillo. Siempre lo llevaba. Sus conocidos decían que era el símbolo de su voluntad. Mirando a los chicos, les preguntó: Y ahora, ¿qué hacemos? Uno de ellos propuso hacer como los pastorcillos de la historia, dar un presente a Jesús; todos lo hicieron, y cuando le tocó a Ambrosio, éste, lentamente se sacó el anillo y lo puso a los pies del niño Jesús.

BUIXADERA

Durante estas Fiestas no quedas eximido de tu Apostolado, sino todo lo contrario: Debes procurar que el Adviento de Cristo sea celebrado digna y cristianamente en el ambiente en que vives